

El público es la razón de mi vida

Entrevista a Martha del Río, Premio Nacional de Televisión del 2007

| Yimel Díaz Malmierca

A LO LARGO de sus más de 57 años de existencia, la televisión cubana ha sido habitada por rostros cuya sola presencia evoca las más diversas emociones: ternura, odio, placidez, hastío, gracia, arrogancia, elegancia, desaliño... y han creado un mundo que a los espectadores se les antoja tan real como el de su vecino más cercano.

Que ese mundo parezca tangible es parte del hechizo de un medio en el que cada acto es el resultado del trabajo de técnicos, escritores, directores y actores. De ellos depende que la fértil imaginación de unos se convierta en la catódica realidad de todos.

Esa labor, anónima muchas veces, tiene en Cuba, desde el 2003, un Premio Nacional que reconoce lo mejor del talento. Este año los distinguidos fueron los directores José Ramón Artigas, Juan Vilar Díaz y Rafael Gaspar González (diseñador y guionista); el coreógrafo Francisco (Pancho) González López; el escenógrafo Pedro J. Campanería; el muchas veces jefe del grupo operativo Demetrio A. Castellano García y los actores Baldomero Peláez Gómez, José Corrales Martínez, Mercy Aguilar González de Piñera y Martha del Río Rodríguez, uno de los rostros adorables de la televisión cubana con quien conversamos una tarde de lluvia en su silencioso y acogedor hogar.



Martha se estrenó como actriz de televisión con la obra *Rosa María*, de Iris Dávila.

¿Cuándo decidió ser actriz?

“Desde chiquita. Yo estudié en una escuela pública en la Víbora y allí Adelaida Ramírez, una maestra que más tarde devino escritora, adaptaba obras de teatro para presentarlas en los actos cívicos de los viernes y desde entonces participaba. Ya de jovencita

me enteré de un curso de actuación, matriculé y después me presenté en la Asociación de Artistas, donde me examinaron y me dieron un carné provisional. Así fue como comencé en el teatro. Era 1956 y fue en una comedia dirigida por Cuqui Ponce de León, *Un cuarto lleno de rosas*, en la sala Hubert de Blanck. Muchos años después el trabajo nos volvió a unir a Cuqui y a mí en *Si no fuera por Mamá*.

“Mi madre fue muy importante en mi carrera, siempre me apoyó, me dio mucha seguridad y me enseñó a obedecer solo a los dictados de mi conciencia. A su lado aprendí a creer en “la fuerza del esfuerzo”, en la honestidad, y en el valor de los principios”.

¿Qué personajes marcaron su carrera?

“He hecho muchos personajes bonitos e importantes, pero Finita, la de *Casos y cosas de casa*, marcó en lo que a popularidad se refiere pues estuvo al aire durante 14 años, todos los jueves. Ese programa venía desde antes del triunfo de la Revolución. Al principio yo era una especie de contrafigura que salía ocasionalmente, pero cuando los protagonistas se fueron del país, pasamos a conducirlo, primero con un actor, y luego con José Antonio Rivero que fue el que llevó al Ignacio hasta el final.

“Finita gustó mucho. Yo recuerdo que cuando estaba dando a luz a uno de mis hijos —el varón, que fue un parto complicado pues venía pelviano—, la doctora me decía: ‘Dale, Finita, puja, que ya lo tenemos...’ Todavía hay gente de mi edad que me dice Finita por la calle y yo respondo”.

¿Cómo prepara sus personajes?

“Primero me leo el libreto completo porque considero que todo es importante, desde la interrelación del mío con el resto de los personajes hasta la manera en que se refieren a él. Después me lo imagino físicamente, desgloso su evolución a través de la trama, escena por escena, y busco los porqués para justificar sus acciones. Eso es muy importante porque si uno como intérprete cree en lo que hace, entonces te puedes comunicar con el público”.

¿Alguno de sus personajes ha transgredido el set?

“Cuando yo era joven, la televisión se trabajaba en vivo y siempre me tomaba un tiempo soltar las emociones. Cuando llegaba a mi casa lo primero que hacía era quitarme el maquillaje, bañarme y quedarme un rato calladita. Mi madre en eso era muy inteligente, sabía que cuando estaba estresada guardaba silencio. Todavía hoy soy así, cuando soy comunicativa es que estoy bien.

“Ahora es diferente, las novelas se filman por locaciones y la casa de Justina, por ejemplo, fue lo último que se hizo en ¡Oh, La Habana! Esa telenovela fue difícil para mí porque trabajamos muchas jornadas con varias escenas diarias. Terminé estresada y necesité de varios días para relajarme, para quitarme la mala sombra de ese personaje. No es que de pronto actuara como ella, sino que me sentía cargada.

“Lo que sucede es que nuestro instrumento de trabajo somos nosotros mismos, nuestros nervios, nuestra sangre, nuestra mente. Quizás por eso a veces los actores somos un poco temperamentales y es que nos sobrecargamos. Además, somos seres humanos con los mismos problemas que cualquier ciudadano pueda tener”.

¿Tiene alguna terapia especial para relajarse?

“Sí, el trabajo manual, coser, hacer las labores de la casa y también leer”.



Martha ha recibido la Medalla Alejo Carpentier (1995), la Distinción Por la Cultura Nacional (1983), y la Réplica del Machete de Máximo Gómez (1989) entre otras condecoraciones. | foto y fotocopia: Eddy Martín

Usted que ha conocido la popularidad, ¿cómo la define?

“La popularidad es lo que da vida a los actores, es lo que nos hace seguir trabajando. Sin esa relación tan especial que se establece con el público, un artista está perdido.

“Actualmente, a veces salgo a la calle y ni me acuerdo de cuál fue la última cosa que hice, pero la gente siempre me emociona con sus expresiones de cariño a pesar de los 52 años de trabajo y los 71 de vida. Esa es la razón de mi vida, me hacen sentir renovada, me hacen vivir...”

¿Qué personajes le quedan pendientes?

“Los que me quedan por vivir con lucidez y salud. Solo esos”.

¿Ninguna deuda pendiente con sus sueños?

“No. Yo estoy satisfecha con lo que he podido hacer, bien o mal, en dependencia de quien me evalúa. He tenido la posibilidad de trabajar en los tres medios —teatro, radio y televisión— con mucho rigor artístico. Quizás pude hacer más cine, pero en cambio hice mucha televisión y a estas alturas de la vida me parece igual”.

¿Qué opina de ¡Oh, La Habana!?

“Es difícil ser juez y parte pero tengo la impresión de que al público le ha gustado. ¡Oh, La Habana! tiene la virtud de reflejar la realidad de muchas capas de nuestra sociedad, de los que viven mejor y peor. No están todos nuestros problemas, ni los más graves, pero sí se han presentado aristas hasta conformar un retrato bastante cercano a la Cuba de hoy.

“Yo siento que las personas se ven en ella. A mí me han parado en la calle, por ejemplo, y me han dicho: Oiga usted ha retratado a mi suegra o a mi mamá... y eso es un punto a favor del guionista, Abraham Rodríguez, un hombre que no se enquistaba para escribir cosas edulcoradas, sino que intentaba describir la vida tal como la lleva la gente”.

Cuba vive hoy circunstancias especiales desde distintos puntos de vista. ¿Cómo usted ve el futuro de la Isla y el suyo?

“Yo me veo en mi patria, hasta el final, y a Cuba luchando también eternamente, porque hay cosas que nunca antes tuvimos, como la dignidad y el sentido de pertenencia. Ambas, una vez conquistadas, son irrenunciables”.